

la mujer en el concilio

• EMILIA PAZ

Secretaria Internacional de la Asociación
de Mujeres de la Acción Católica

El 14 de septiembre de 1964, al saludar Su Santidad Paulo VI a las auditoras femeninas "admitidas, por primera vez en la historia, a asistir a las asambleas conciliares", dio un reconocimiento oficial dentro de la Iglesia a uno de los acontecimientos más notables de nuestra época: la promoción de la mujer.

El hecho de la promoción femenina había sido señalado por S. Santidad Juan XXIII en la encíclica "Pacem in Terris" al destacar, como una de las tres características más notables de la época actual "el ingreso de la mujer en la vida pública, más aceleradamente acaso en los pueblos que profesan la fe cristiana... En la mujer se hace cada vez más clara y operante la conciencia de la propia dignidad. Sabe ella que no puede consentir en ser considerada y tratada como un instrumento; exige ser considerada como persona, en paridad de derechos y obligaciones con el hombre, tanto en el ámbito de la vida doméstica como en el de la vida pública".

El siglo XX puede ser llamado el siglo de las grandes transformaciones: revolución comunista, convulsiones sociales, in-

dependencia de los pueblos de color, descubrimientos atómicos, vuelos interestaciales, etc. Sin embargo, la revolución provocada por la mujer, transforma este mundo más profundamente que cualquiera de estos hechos, porque su situación ha cambiado en cincuenta años más que en todos los milenios precedentes.

Por primera vez en la historia alcanza la mujer su mayoría de edad: ya no está bajo tutela, la ley y las costumbres la dejan en libertad para organizar su vida, (a pesar de esto, hay que reconocer que, en la práctica, la participación de la mujer en la alta empresa, en la vida política, encuentra todavía resistencias). La mujer de los tiempos modernos ya no *se somete* a su suerte sino que *se hace cargo* de ella. Libre de las trabas de antaño, evoluciona en un ambiente que le permite desplegar sus propias riquezas. Según Jacques Leclercq esta es la *gran revolución* de nuestro siglo (1).

(1) La revolución de la mujer en "Hacia una familia nueva", p. 147. Ed. Estela S. A. Barcelona, 1964.

Dentro de este nuevo concepto, si la mujer goza del mismo derecho que el hombre para desenvolverse por sí misma, le cabe también el deber y el honor de dedicarse a la misión en común que les señaló Dios: "Llenad la tierra y sometedla" (Génesis, cap. I). De acuerdo al texto bíblico, la palabra "sometedla", se dirige al mismo tiempo al hombre y a la mujer.

Ambos han recibido por misión el hacer la tierra habitable; cada cual cumplirá esta misión según su naturaleza y el modo que es peculiar a cada uno. El hombre y la mujer tienen quehaceres diferentes pero iguales en cuanto dignidad y responsabilidad (Antes, al decir que eran "diferentes", significaba que la mujer era inferior).

Por lo tanto, el hombre y la mujer deben trabajar en la obra común del género humano en la que hay tantas cosas que deben hacer *juntos*. No la mujer al servicio del hombre, ni el hombre al servicio de la mujer, sino ambos al servicio de Dios, completando la obra de la Creación.

Dios no le ordenó al varón ocuparse únicamente de la posesión y dominio del mundo y a la mujer tomar sobre sí toda la carga de la familia y la educación. Les confió a ambos la totalidad de la misión. Pero, por inclinación y condiciones naturales, corresponde en general al hombre la obra creadora y a la mujer la tarea maternal de velar por la vida.

No se puede hablar propiamente de dos mundos, el femenino y el masculino, sino de un mismo mundo visto por ojos de hombre o de mujer, organizado según dos maneras *complementarias* de ver, de juzgar y de obrar.

Hay, por supuesto, un campo en el cual la mujer se destaca naturalmente y en

el que su presencia resulta insustituible y es el de la familia: este es más cercano a su corazón. Pero muchas otras reclaman hoy la acción de la mujer, que no sólo debe velar por su propia familia, sino también por las familias de los demás. Al trabajar en distintos ambientes, su misión femenina se extiende y su sentido maternal abarca horizontes muy amplios. El bien público, la administración nacional, la diplomacia, la universidad, la industria, el parlamento, la política, que hasta hace poco eran feudo exclusivo del hombre, se benefician ahora con la presencia femenina. Esta presencia es deseada, aceptada, eficaz. La mujer ya no obra sólo *a través* del hombre, sobre quien influye, sino *por sí misma*, directamente.

De la mujer se espera que haga más humana la vida social, que la haga menos burocrática, menos cerebral, más adaptada a los casos personales, más comprensiva. Se puede decir que la mujer lleva hoy en día en sus manos la suerte moral del mundo, como en ninguna otra época. De ahí su enorme responsabilidad porque, si ha de ser un elemento de elevación moral, puede serlo también de corrupción, como desgraciadamente se ve con frecuencia.

Podemos decir que jamás ha sido perceptible la influencia de la mujer. Merced al desarrollo de su personalidad y su cultura, ella escribe, habla, actúa y sus opiniones y sentimientos tienen indudable gravitación.

MISION APOSTOLICA DE LA MUJER:

En un mundo que va perdiendo el sentido de lo sagrado y en el que con locura de orgullo, millones de seres no quieren

reconocer lo que sobrepasa su propia razón, haciendo de ésta juez universal de todas las cosas, la mujer tiene la misión de "sacralizar" la vida nuevamente.

Como adolescentes rebeldes que buscan emanciparse del yugo paterno, muchos hombres de hoy lanzan por la borda de su vida, la revelación, la moral, las realidades invisibles, la finalidad eterna del hombre. En momentos en que el sentido de la adoración debida a Dios, por influencia de un materialismo que lo va invadiendo todo, se va perdiendo aún en ambientes católicos, Su Santidad Pío XII con palabras memorables, recordó a la mujer su responsabilidad, porque ella "percibe más fácilmente las realidades espirituales y por eso las vive más conscientemente, las interpreta y las hace sensibles a los demás".

La naturaleza femenina tiene necesidad de "impregnar" con su sensibilidad las convicciones profundas que lleva en sí, para poder vivirlas. En ella las verdades religiosas bajan más al corazón que a la inteligencia y desde allí alcanzan una gran resonancia en el mundo.

La mujer está dotada de gran ductilidad, lo que la hace acomodarse a las más diversas circunstancias y está dotada también de "conductibilidad", facilitando que la gracia llegue a las almas.

La misión de la mujer en la Iglesia ha de ser semejante a la acción de la gracia en las almas: como la gracia debe actuar sin pretender sustituir la naturaleza de los demás, sin suplantarlo sus iniciativas y ayudando al prójimo a encontrarse consigo mismo, a realizarse, a salvarse. Actuar como la gracia, significa entrar en la vida de los demás con respeto, sin atropellar, sin herir, sin dañar, sin mutilar, sin deprimir. Haciendo que cada uno acreciente su saldo positivo

y ayudándolos a comprender y aceptar las riquezas del don de Dios.

Al terminar estas breves consideraciones sobre la misión apostólica de la mujer, queremos recordar un pasaje del Evangelio, profundamente significativo. En el alba de la Pascua, Jesús, en la persona de María Magdalena, envía a la mujer como mensajera de Su Resurrección: "Ved y diles a mis hermanos: Subo a Mi Padre y a Vuestro Padre, a mi Dios y a Vuestro Dios".

Podemos decir que las mujeres quedaron así constituidas por El testigos de su Resurrección y los testigos han de vivir en permanente y gozosa actitud de esperanza.

LA MUJER FRENTE AL CONCILIO

Hemos visto a grandes rasgos la presencia de la mujer en el mundo, insertada en las estructuras temporales, completando junto con el hombre la obra de la Creación y también su misión apostólica, misión de amor y de esperanza.

Las mujeres que viven así, en plenitud, su misión en el mundo y en la Iglesia, están "maduras" para el Concilio. Pero cabe aquí hacerse una reflexión: ¿cuántas mujeres católicas han llegado a esta madurez? Es indudable que son una minoría.

A ellas corresponde primero, vivir el Concilio en *profundidad* para hacerlo llegar también a los demás, teniendo en cuenta las características principales de este Concilio Vaticano II, que S. S. Pablo VI destaca magistralmente en su encíclica "Ecclesiam Suam".

La Iglesia en concilio quiere profundizar *la conciencia* de sí misma; quiere *renovarse*; quiere establecer un diálogo con el mundo moderno.

La conciencia: La Iglesia, según palabras de S. S. Pablo VI, "tiene necesidad de reflexionar sobre sí misma; tiene necesidad de sentirse vivir. Debe aprender a conocerse mejor, *si quiere vivir su propia vocación* y ofrecer al mundo su mensaje de fraternidad y salvación".

La mujer tiene también necesidad de esta conciencia de sí misma para vivir su propia vocación y debe asumir frente a sí misma y frente a Dios un compromiso: el de querer estar disponible siempre y en todas partes para la acción del Espíritu Santo, que es quien ha suscitado el ansia de renovación y de rejuvenecimiento que ha invadido la Iglesia toda.

Esto exige de ella, ante todo, una continua *vigilancia*. En momentos en que la confusión de ideas hace difícil discernir entre el bien y el mal, la mujer por su misma sensibilidad puede dejarse llevar por corrientes de ideas que no conciben con su carácter de cristiana y por costumbres contrarias a su dignidad femenina.

Exige, además, un renovado conocimiento de su relación vital con Cristo. El misterio de la Iglesia no es un mero objeto de conocimiento, sino que es *una vida*. Esto implica una piedad más profunda, hecha de oración, de recogimiento, de sacrificio, y no de simples prácticas de piedad, a las que puede llevar la sensibilidad femenina.

Exige una fe capaz de mirar continuamente al hombre y al mundo desde la perspectiva de Dios. Aún para entrar profundamente en el corazón de lo humano es necesario una vida eminentemente sobrenatural. De otro modo se corre el riesgo de quedar en la superficie.

La renovación: La renovación querida por el Concilio e inspirada por el Espíritu Santo, es una renovación interior, un cam-

bio de mentalidad, un ver las cosas con ojos nuevos. Aunque no *consiste* en hechos, *se manifiesta en hechos*: reforma de la liturgia, promoción del laico en la Iglesia, relaciones con los hermanos separados, nueva actitud frente a los judíos, etc.

Tanto en los hombres como en las mujeres estos hechos provocan distintas reacciones. Algunos no ven la acción del Concilio más allá de estos hechos reales y de otros hechos sensacionales que están esperando. Algunos se resisten a las reformas introducidas y sobre todo al cambio de mentalidad. Otros, por fin, quieren vivir dentro del espíritu de la Iglesia en este momento.

¿Cuál es el papel que cabe a la mujer en estos casos?

Frente a la primera actitud, hacer comprender en qué consiste la *verdadera* renovación. Nada mejor que citar aquí nuevamente las palabras de Pablo VI en *Ecclesiam Suam*: "Confrontar la imagen ideal de la Iglesia, tal como Cristo la vio, la quiso y la amó y el rostro real que la Iglesia presenta hoy, fiel por una parte, con la gracia divina, a las líneas que su divino fundador le imprimió y que el Espíritu Santo vivificó y desarrolló en el curso de los siglos... pero jamás suficientemente bello, jamás suficientemente santo y luminoso como lo querría aquel divino concepto animador. Brota por tanto un anhelo generoso de renovación, es decir de enmienda de los defectos que denuncia y refleja la conciencia, a modo de examen interior, frente al espejo del modelo que Cristo nos dejó de Sí".

Frente a la actitud de los que se resisten a los cambios, es necesario llevar a la reflexión de que a un *Cristo vivo*, corresponde una *Iglesia viva*.

Estas reformas significan una marcha hacia adelante y responden al ansia de

la humanidad que la Iglesia va evangelizando e incorporando.

Es indispensable también vencer el desaliento de aquellos para quienes el Concilio no es lo que ellos quieren que sea.

La comprensión de que *todos somos Iglesia*, ayudará a vencer el desconcierto, el temor y el escándalo de muchos ante el Concilio. Ningún decreto conciliar podrá ejercer una acción auténticamente vivificadora, si nosotros, que formamos la sociedad, que somos la Iglesia, no empezamos por renovarnos, dejando actuar al Espíritu Santo que habita en nuestros corazones.

Además, el hacer el clima sobre la renovación de ideas y de mentalidad que busca la Iglesia, ayudará también a quienes no se resignan a aceptar las transformaciones que sufre el mundo. Los que viven añorando los tiempos pasados pueden llegar a comprender que, si la Iglesia, con sus milenios de tradición, no vacila en despojarse de tantas cosas accesorias que entorpecían su marcha, también es el momento de dejar ideas y costumbres que ya no tienen vigencia en el mundo de hoy.

Con respecto a la familia, por ejemplo, las mujeres, más conservadoras en lo que se refiere a las tradiciones hogareñas, no comprenden las transformaciones que el ambiente familiar va sufriendo. La familia, que en esencia sigue siendo la misma, aún la mejor familia católica se ha transformado de patriarcal en conyugal, de autocrática en democrática, de cerrada sobre sí misma en abierta... Y como la familia, muchas cosas se van transformando y es necesario saber ir dejando lo accesorio para que tenga más vigencia lo esencial.

El diálogo: "La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vi-

vir. La Iglesia se hace palabra, la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio" (S. S. Pablo VI "Ecclesiam Suam").

Pablo VI en la Encíclica señala tres círculos para este diálogo: el primero, con todo lo humano; el segundo, con los creyentes en Dios; el tercero con los hermanos separados.

Es casi innecesario mencionar los pasos de gigante que ha dado la Iglesia en su diálogo con el mundo, a partir de S. S. Juan XXIII y la convocatoria al Concilio. Aquí también toca a la mujer un papel primordial. Por su inclinación hacia todo lo que es humano, tiene la misión particular de favorecer la comprensión y el buen entendimiento entre los hombres. Ella puede ser un factor de unidad y en este esfuerzo ir modificando su mentalidad frente a los otros, rompiendo barreras, venciendo prejuicios: incompreensión entre las distintas generaciones, entre sectores sociales, entre ideologías políticas y religiosas.

Lo importante es salir de la propia reserva, escuchar al otro, tratar de comprenderlo, aunque no se esté de acuerdo con él, las discrepancias son siempre consecuencia de una falta de diálogo.

La mujer debe tratar de crear en su familia y a su alrededor un clima de apertura y comprensión a pesar de las diferencias de ideas, temperamentos, opiniones políticas y así contribuirá, aunque sea de manera indirecta, a preparar el diálogo ecuménico entre católicos y no católicos.

Todo lo dicho confirma la lógica de la invitación hecha por Su Santidad Pablo VI a las mujeres. Es este un primer paso importantísimo y las mujeres católicas esperan que se vea completado en el futuro por una participación mayor: que la

presencia femenina en las sesiones conciliares no se vea limitada a los momentos en que se trata en problemas específicamente femeninos, sino que se dé a esta invitación una mayor amplitud; todo tema de Iglesia que se trate en presencia de auditores laicos, interesa también profundamente a la mujer.

Entre estas auditoras se cuenta la Sta. Pilar Bellosillo, ex presidenta de la A. C. Española y Pta. de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas, que representa a 36.000.000 de mujeres y a la cual pertenece la Asociación de Mujeres de la Acción Católica Argentina. La Srta. Bellosillo, ha visitado en dos oportu-

nidades la Argentina, estableciendo contactos de vasta repercusión con las Instituciones Católicas Femeninas de nuestro país: entre las de mayor trascendencia, la formación de la *"Comisión Católica para la Campaña Mundial contra el Hambre"*.

Podríamos resumir en pocas palabras que la misión de la mujer en esta era del Concilio es contribuir con su oración, con su esfuerzo y con su amor al deseo manifestado por S. S. Pablo VI en el discurso de apertura de la tercera sesión del Concilio: "dar a la comunidad cristiana cada vez mayor plenitud de concordia, de colaboración, de caridad". ♦

A nuestros lectores:

Ante el nuevo aumento de los costos en el ambiente gráfico, ESTUDIOS se ve en la obligación de llevar el precio de su ejemplar a sesenta pesos y la suscripción anual (diez números) a quinientos.

Necesitamos además doscientas suscripciones nuevas que Ud. puede ayudarnos a lograr.

Esperamos que nuestros lectores comprendan esta situación y nos sigan apoyando con su generoso aporte.